

CELCIT. Dramática Latinoamericana 371

LA MANO EN EL FRASCO EN LA CAJA EN EL TREN

Pedro Sedlinsky

PERSONAJES: M (2) / F (1)
Anselmo, 30 años
Kapusta, 70 años
Camarera

ESCENA 1

Anselmo en la penumbra. El infierno. 1

ANSELMO:- Me resbalo. En las escaleras de mármol me resbalo. Bajaba apurado y mis pies se fueron para adelante. La humedad se condensaba en los escalones, y mis zapatos, la suela de los zapatos nuevos me hacían resbalar. Esos zapatos. Golpeaba en cada escalón. Hacía un ruido espantoso, que retumbaba en ese salón inmenso. En ese hotel. Veía el cielo, ese cielo pintado en el techo, que se alejaba de mí. Quería parar pero tenía las manos transpiradas y me iba para abajo. Caía. Intenté manotear el pasamanos. El mundo giraba. No había arriba, ni abajo. Veía pedazos de nubes grises mezcladas con mármol rosado. Caía cada vez más rápido en el vacío. Sin poder parar. Hasta el fondo. Y en el fondo estaba ella, con su vestido blanco, esperándome con una sonrisa. Me ofreció la mano.

ESCENA 2

El regreso 1

Un tren. El vagón comedor. Amanece. Hace calor. Una ventanilla abierta. Entra polvo. El tren va por una zona desierta, seca, amarilla. Todo se cubre enseguida de una capa de polvo.

Anselmo está vestido con una camisa con las solapas blandas, un saco amarillo marrón con los codos y los puños sucios, una corbata azul oscura que está brillante, con un nudo duro de sacársela y ponérsela sin desanudar. La ropa está arrugada, deteriorada. Tiene ojeras, la piel grasosa. El pelo corto, mal peinado. Está cansado. Kapusta tiene un peinado de spray. Un anillo en el dedo. Pantalón marrón con la raya marcada. Medias escocesas de golf, marrones y verdes. Está cruzado de piernas. Usa zapatos impecables con agujeritos en la puntera. Los hombres están sentados en sillones forrados de verde. Una mesa de madera chica, redonda, con la tapa de fórmica verde opaca. Anselmo tiene sobre sus rodillas una caja de madera, que sujeta con las dos manos.

KAPUSTA:- El mar. Volver a ver el mar. Como siempre. ¿Por qué a tanta gente le atrae el mar? Uno al lado del otro, las pieles expuestas, los cuerpos desnudados especialmente. Todos mirándolo a él. El gran hipnotizador. Yo los miraba desde afuera, sin que me vieran. Vestido, claro. Los miraba uno por uno. Hombres y mujeres. Viejos y jóvenes. De todo había. Como si fuera un gran coto de caza detrás de las dunas. Con una fauna exhuberante; para todos los gustos.

ANSELMO:- ¿Vamos a pedir? Tengo la garganta seca.

KAPUSTA:- No veo a nadie.

ANSELMO:-Este polvo me seca la nariz. Se me seca todo.

KAPUSTA:- (Señala afuera.) Mire.

ANSELMO:- El paisaje es todo igual. Nada. Horas de nada. Polvo que vuela. Esos arbustos.

KAPUSTA:- Tamariscos. Está amaneciendo.

ANSELMO:- De noche es peor. Un vidrio frío. En esa inmensidad negra. Un abismo.

KAPUSTA:- ¿No lo arrulla el ruido del tren? Cuando cierro los ojos es como si me hamacaran. Me siento un chico. ¿No probé cerrarlos?

ANSELMO:- No.

KAPUSTA:- ¿Para qué clavar los ojos en la nada?

ANSELMO:- Los tenía abiertos.

KAPUSTA:- Por no viajar en coche cama. Duermo como un bendito. Veo la gente que entra.

Cómo se acomodan. Qué prendas se sacan. Como desnudarse en un ascensor. Yo duermo así. No me muevo. Ni siquiera me despeino. Como tampoco sueño, es como si me acostara, y me volviera a levantar. Transpira.

ANSELMO:- Este calor es inaguantable.

KAPUSTA:- ¿No trajo pañuelos?

ANSELMO:- Tengo uno solo.

KAPUSTA:- ¿Y los demás?

ANSELMO:- Los tuve que usar.

KAPUSTA:- ¿A todos?

ANSELMO:- Quedaron duros.

KAPUSTA:- ¿Qué pasó con esos zapatos?

ANSELMO:- Los tuve que limpiar.

KAPUSTA:- Eran nuevos.

ANSELMO:- Los limpié en el mar.

KAPUSTA:- Están arruinados.

ANSELMO:- Son blancos.

KAPUSTA:- Blancos y marrones.

ANSELMO:- Pero en el blanco se notaba más. Los froté con arena. Era la única manera.

KAPUSTA:- ¿El smoking?

ANSELMO:- Esto es lo único que me quedó.

KAPUSTA:- ¿Lo único? ¿Adónde está?

ANSELMO:- En el mar.

KAPUSTA:- ¿Lo tiró?

ANSELMO:- No podía hacer otra cosa.

KAPUSTA:- Podía tener más cuidado con las cosas que ...

ANSELMO:- Yo le expliqué que esto no era lo mismo...

KAPUSTA:- ¿Qué?

ANSELMO:- Entregarle...

KAPUSTA:- ¿Un trofeo?

ANSELMO:- Sí. Que esto no era lo mismo que archivar un documento.

KAPUSTA:- Sus explicaciones...

ANSELMO:- Usted no me escuchó a tiempo.

KAPUSTA:- No me vuelva a interrumpir. Yo puedo perdonarle a usted todo, menos la falta de voluntad.

ANSELMO:- Se equivocó conmigo.

KAPUSTA:- Déjeme decidir eso a mí. Habrá entrado al casino.

ANSELMO:- Sí.

KAPUSTA:- Se lo dije. ¿Y?

ANSELMO:- Jugué poco.

KAPUSTA:- ¿Y ella?

ANSELMO:- Perdió todo.

KAPUSTA:- ¿Todo?

ANSELMO:- Sí.

KAPUSTA:- ¿Y el anillo?

ANSELMO:- (Estornuda.) Voy a tener que... (Vuelve a estornudar.)

KAPUSTA:- ¿Está bien?

ANSELMO:- Sacar el pañuelo.

KAPUSTA:- Apoye la valija en el piso.

ANSELMO:- (Agarra la valija fuerte con una mano.) No. (Busca dentro de su saco con la otra mano.)

KAPUSTA:- ¿Quiere que se la tenga?

ANSELMO:- El anillo se lo voy a devolver. (Vuelve a estornudar. Saca el pañuelo) Aquí está.

(Se suena la nariz.)

CAMARERA:- (Entra. La camarera tiene el pelo negro teñido de rubio, agarrado arriba de la cabeza. Es maciza. Lleva un delantal que marca sus formas. Tiene una sonrisa encantadora. Fija la mirada en los ojos del otro llegando a intimidar.) Es demasiado temprano.

KAPUSTA:- ¿Demasiado temprano para qué?

CAMARERA:- Todavía no terminé.

KAPUSTA:- ¿Cuánto le falta?

CAMARERA:- Tengo que empezar con el polvo. Nunca se termina. ¿Quieren volver más tarde?

KAPUSTA:- ¿A qué hora se despierta?

CAMARERA:- No duermo.

KAPUSTA:-¿El único que duerme soy yo?

CAMARERA:- ¿Él tampoco?

KAPUSTA:- Pregúnteselo a él. ¿Cómo no dormir en un tren? ¿Vio el amanecer?

CAMARERA:- No me interesa.

KAPUSTA:- Ese sol rojo. Es impagable.

CAMARERA:- Dentro de un rato no se va poder estar.

ANSELMO:- No queremos molestarla. (Estornuda.)

CAMARERA:- ¿Se siente bien?

ANSELMO:- Gracias.

CAMARERA:- Un resfrío de verano.

ANSELMO:- No, el polvo. ¿Le pedimos?

CAMARERA:- Es muy temprano.

ANSELMO:- Un poco de agua.

CAMARERA:- El agua de acá no es para tomar.

ANSELMO:- ¿No se puede cerrar la ventanilla?

CAMARERA:- No. ¿Quiere que le cepillemos el saco?

KAPUSTA:- ¿Hay más gente?

CAMARERA:- ¿Adónde?

KAPUSTA:- Dijo cepillemos.

CAMARERA:- Lo haría yo.

KAPUSTA:- Entonces por qué...

ANSELMO:- Está bien, no hace falta.

KAPUSTA:- No se meta.

CAMARERA:- Le puedo pasar un trapo a su caja.

ANSELMO:- No, gracias.

CAMARERA:- Acá tengo que estar pasando el trapo todo el tiempo. A veces me pica todo. Cuando me baño tengo polvo por todas partes. Me rascaría. El polvo se mete por la ropa, y se me pega a la piel.

KAPUSTA:- Por la transpiración. ¿Se baña acá?

CAMARERA:- No, espero hasta llegar.

KAPUSTA:- ¿Y se aguanta la picazón?

CAMARERA:- Trato. Si no entro a la cocina y me rasco fuerte.

KAPUSTA:- Con esas uñas que tiene.

CAMARERA:- Me las cuido. Acá eso es lo más difícil. (La muestra la mano.)

KAPUSTA:- ¿Se hace la manicura?

CAMARERA:- Apenas si me las pinto. Se me salta enseguida.

ANSELMO:- ¿Quiere que nos vayamos?

KAPUSTA:- Estamos conversando.

CAMARERA:- No, está bien. (Se acerca a Anselmo.) Esta es la mejor hora. Después no se puede estar. El polvo caliente que entra. ¿Ustedes viajan juntos?

ANSELMO:- No.

KAPUSTA:- (Al mismo tiempo.) Sí.

CAMARERA:- Pónganse de acuerdo.

KAPUSTA:- Viajamos juntos.

ANSELMO:- Sí, es así.

CAMARERA:- Bueno. Disfruten del viaje. (Sale.)

KAPUSTA:- ¿Por qué dijo eso?

ANSELMO:- ¿Qué?

KAPUSTA:- ¿Cómo le dijo que no?

ANSELMO:- No habíamos quedado...

KAPUSTA:- Míreme cuando contesta.

ANSELMO:- La estaba mirando a ella.

KAPUSTA:- Me dí cuenta. Antes míreme a mí. Présteme más atención. Quiero verla.

ANSELMO:- Ella puede entrar.

KAPUSTA:- No se preocupe.

ANSELMO:- Puede entrar alguien.

KAPUSTA:- Es temprano.

ANSELMO:- La gente desayuna temprano.

KAPUSTA:- Todavía no son las siete. ¿Cómo la trajo?

ANSELMO:- En un frasco.

KAPUSTA:- ¿En un frasco de qué?

ANSELMO:- Le pido que no hablemos del asunto.

KAPUSTA:- ¿De qué es el frasco?

ANSELMO:- De pepinos. Pepinos agridulces.

KAPUSTA:- Deje de transpirar.

ANSELMO:- Entonces no hablemos del tema.

KAPUSTA:- Quiero saber si está. Dé vuelta la caja.

ANSELMO:- ¿Qué?

KAPUSTA:- Tranquilícese. Gírela hacia mí. (Anselmo lo hace.) Abrala.

ANSELMO:- No.

KAPUSTA:- Despacito. (Anselmo apenas la entorna.) ¿Qué es ese olor?

ANSELMO:- El frasco. Le puse una bolsa arriba, en la tapa; pero con el movimiento del tren... Es del líquido.

KAPUSTA:- (Estira la mano y la vuelve a cerrar.) Es fuertísimo ese olor.

ANSELMO:- Es formol.

KAPUSTA:- Lo conozco. ¿La miró bien?

ANSELMO:- ¿Qué cosa?

KAPUSTA:- A la camarera. Es igual a ella.

ANSELMO:- No.

KAPUSTA:- ¿Por qué la miraba así?

ANSELMO:- ¿Cómo?

KAPUSTA:- Le brillaban los ojos.

ANSELMO:- Tiene algo.

KAPUSTA:- ¿Vio?

ANSELMO:- Algo en la mirada.

KAPUSTA:- ¿Nada más que eso? Tiene los mismos gestos.

ANSELMO:- No me parece que...

KAPUSTA:- La voy a volver a llamar.

ANSELMO:- No, no lo haga.

KAPUSTA:- Señorita.

CAMARERA:- (Entra.) ¿Sí?

KAPUSTA:- Él quería preguntarle algo.

CAMARERA:- (A Anselmo.) ¿Qué?

KAPUSTA:- (A Anselmo.) La pregunta.

CAMARERA:- ¿Qué es lo que le pasa?

KAPUSTA:- Cuéntele lo que hablamos de ella.

ANSELMO:- No hablamos de usted.

CAMARERA:- ¿Qué dijeron?

ANSELMO:- Nada.

KAPUSTA:- No la trate así.

CAMARERA:- ¿Durmió mal?

KAPUSTA:- Decíamos que se parecía a una amiga común.

CAMARERA:- ¿Una amiga común?

ANSELMO:- Yo le decía que no.

CAMARERA:- ¿Por qué me mintió?

ANSELMO:- ¿Qué?

CAMARERA:- ¿Por quién me está tomando?

ANSELMO:- No se ofenda.

CAMARERA:- Usted tampoco se pase. Qué olor fuerte.

KAPUSTA:- El arte de la taxidermia.

CAMARERA:- ¿Eso qué es?

KAPUSTA:- Es el último paso de la cacería. La presentación de un trofeo de caza para su exhibición. Está aprendiendo eso, entre otras cosas.

CAMARERA:- ¿Qué otras cosas?

ANSELMO:- Es una broma.

KAPUSTA:- No, no es una broma. (A Anselmo.) Que no le avergüence. Es un trabajo que necesita una gran habilidad manual.

CAMARERA:- ¿Ah, sí?

KAPUSTA:- ¿Le interesa aprender algo nuevo?

CAMARERA:- Es muy temprano.

KAPUSTA:- Si usted no durmió.

CAMARERA:- Tengo muchas cosas que hacer.

KAPUSTA:- Como quiera.

CAMARERA:- Ustedes no deberían estar acá. ¿De qué es ese olor?

KAPUSTA:- Son líquidos.

ANSELMO:- Formol.

KAPUSTA:- Líquidos que se usan para la conservación de la presa.

CAMARERA:- (A Anselmo.) ¿Cómo se llama?

ANSELMO:- Formol.

CAMARERA:- (Se acerca a la valija.) Que mal que huele.

ANSELMO:- (Se va a levantar.) Le dejamos la mesa.

KAPUSTA:- Espere.

CAMARERA:- ¿Se van a quedar acá?

KAPUSTA:- ¿La comprometemos?

CAMARERA:- Yo no tengo que rendir cuentas.

KAPUSTA:- Eso habla bien de usted. (Sale la camarera.) Es un milagro.

ANSELMO:- ¿Qué cosa?

KAPUSTA:- El parecido, es asombroso. El mismo andar. Fíjese bien. Recién me imaginaba, sacándole esa ropa, y poniéndole otra...

ANSELMO:- No se parecen.

KAPUSTA:- El anillo. Lo puedo necesitar.

ANSELMO:-Lo tengo.

KAPUSTA:- Menos mal. Devuélvame.

ANSELMO:- Todavía no.

KAPUSTA:- ¿De qué habla? ¿Lo tiene encima?

ANSELMO:- No.

KAPUSTA:- ¿Se lo dejó puesto?

ANSELMO:- No pude tocarla más.

KAPUSTA:- ¿Y ahora qué hacemos? El dedo se hincha.

ANSELMO:- Acá está todo.

KAPUSTA:- No se evada. Ese no es un anillo cualquiera.

ANSELMO:- Ya lo sé. ¿Qué quiere?

KAPUSTA:- Lo quiero limpio.

ANSELMO:- Yo no la voy a volver a tocar.

ESCENA 3

Anselmo en la penumbra. El infierno. 2

ANSELMO:- Ella se reía. Estaba transpirada. Había perdido todo. Cuando giraba la bola contenía la respiración y me apretaba la mano. Yo me cuidé. Pero ella ponía y perdía, y volvía a poner, y se llevaban una atrás de la otra. Hasta que se levantó y salió. Quería ver el mar. Se reía sola. Abrió la boca y se abalanzó sobre mi cuello. Lanzó un suspiro caliente. Sentía su olor a perfume amargo, como de talco. No podía evitar tener que hacer algo. Ella me hablaba al oído de las olas, y la marea que subía. La mano me pesaba y me transpiraba. Pero algo tenía que hacer. La luna empezó a salir del agua, como un sol. Una luna llena, inmensa, redonda, que se reflejaba en el mar. Ella quería bajar. Se sacó los tacos. El agua llegaba hasta la pared. Golpeaba con fuerza. Se levantó el vestido blanco. Me agarró la mano. Al agua, me decía. Los zapatos nuevos, el smoking, a ella no le importaban. Me miraba fijo, y se reía. No podía sostenerle la mirada. Metí la mano en el bolsillo del saco. Le dí el anillo. Abrió grande la boca y lanzó un aullido a la luna. Me costaba hacerle entrar el anillo. Entonces ella se metió el dedo en la boca, y se lo fue calzando despacio hasta el fondo. Creí que el corazón me iba a saltar. Le brillaban las lantejuelas. Le señalé un hotelito con un cartel apenas iluminado. Una puerta baja de madera. Un pasillo angosto, abierto, de paredes peladas. Ella iba adelante mío. No podía quitarle los ojos de encima; ese andar, el vestido iluminado por la luna. Se paraba. No aguantaba la risa, se tapaba la boca con la mano, y se sacudía. Yo mantenía siempre la misma distancia. Busqué el cuerno en el bolsillo. Estaba ahí. El hombre estaba sentado. Dado vuelta. Era una espalda enorme. Un cuello gordo y transpirado. Me dio la llave sin dejar de mirar hacia otro lado. Hasta que le dije gracias. Entonces se dio vuelta. Tenía bigotes. Me miró del otro lado del mostrador de abajo hacia arriba. Le brillaron los ojos. Nunca se iba a olvidar de mí. Iba a decirme algo, pero hizo media sonrisa y se dio vuelta. Una habitación que era una cama. Ella con su vestido blanco y yo con mi smoking. Se reía. No aguantaba más el calor.

Ahí nadie iba a preguntar nada. Quería verse en un espejo. Había un bañito con un espejo para la cara. Estaba rajado. Ella quería que yo lo saque del baño y lo lleve a la habitación para verse. Yo tenía miedo de que cuando lo saque se termine de romper. Ella comenzó a hacerme cosquillas. Apoyé el espejo en la cama y ella me abrazó fuerte por atrás. Me empujaba. Estábamos a punto de caernos encima del espejo rajado. Se miraba. Nos mirábamos a los ojos a través del espejo. Era la única manera. Volví a tocar el cuerno adentro del bolsillo. Sentía su aliento y su cuerpo blando adosado a mi espalda. Me pasaba la mano por la cara. Me metía los dedos adentro de la boca. Tenía dedos largos, uñas pintadas de color marfil. Me lastimaban. Había una ventana, con una persiana de varillas. Ella quería que la abra para escuchar rugir el mar. Yo preferí que no se escuchara nada.

ANSELMO:- Miraba el techo. Saqué la sábana y me acosté arriba del colchón pelado. La transpiración me llenaba los ojos, pero no los podía cerrar, tenía que ver esa lamparita pelada en el techo. No podía mover los brazos para sacarme el agua de los ojos, como si estuviera llorando a mares, no entendía lo que pasaba, lo único que quería era ver esa lamparita, verla con nitidez. Porque el piso era sangre. El colchón me hacía picar la espalda, pero estaba pegado a la cama, esperando que todo cambie en esa habitación. Lo único que había era una cajonera en el piso. De tres cajones. Empecé a sentir el olor de la sangre. Golpearon la puerta. Me saqué la camisa y asomé la cabeza. Era el hombre de la entrada. Se me había pasado la hora. Tenía que pagarle o irme en ese mismo momento. Le dí lo último que me quedaba. Después, cortar. Era más blando de lo que yo creía. Hubiera necesitado esas tijeras de metal como para cortar un pollo. Si uno encuentra el lugar es fácil, rápido; son lugares que están hechos como para cortar. Si no uno puede estar serruchando, y no terminar nunca. Y yo no tenía tiempo. El gordo iba a volver a aparecer en cualquier momento. Abrí la ventana y salté. Me saqué el smoking. Lo rompí en pedazos. Lo tiré al agua lo más lejos posible. Eran trapos manchados. La luna estaba alta, quieta, me iluminaba; iluminaba todo lo que yo hacía. Lo peor fueron los zapatos. Los sumergí en el agua y no salía. Los raspé fuerte con arena.

ESCENA 4

El regreso 2.

Vagón comedor del tren.

ANSELMO:- ¿Qué se puede mirar? Horas de nada. Amarillo. Todo seco. Sin posibilidad de sombra. Polvo. Y el sol.

KAPUSTA:- ¿No le gusta el sol?

ANSELMO:- No.

KAPUSTA:- No es todo igual. Usted no se da cuenta de los cambios, pero hay.
¿No vio los animales?

ANSELMO:- No vi ninguno. En todo este tiempo. Nada más que esos arbustos.

KAPUSTA:- Tamariscos.

ANSELMO:- Sí.

KAPUSTA:- Si hay pájaros, es porque hay animales.

ANSELMO:- ¿Pájaros?

KAPUSTA:- Si está atento los va a ver. Están esperando, pacientemente. Sobrevuelan. Tienen tiempo. Cuando les llega el momento, no se sabe de dónde, empiezan a llegar de a montones. Negros. Entonces se lanzan en picada. Es para ver. La fuerza de los picos. Es increíble cómo los pelan. ¿No vio esqueletos?

ANSELMO:- No ví nada.

KAPUSTA:- Préstelos atención. Hay mucho para aprender de estos animales cazadores. El instinto puro. La mirada. Y una cosa fundamental; conocen bien su coto de caza. Hay que saber con qué presa se puede encontrar uno. Así uno sabe qué tipo de munición llevar. ¿No le parece?

ANSELMO:- Le dije que se equivocó conmigo.

KAPUSTA:- Hay algunas cosas básicas. Los zapatos, por ejemplo.

ANSELMO:- Ya se lo expliqué.

KAPUSTA:- Es inconcebible. Son zapatos especiales que yo le...

ANSELMO:- (Se los desata.) Tome.

KAPUSTA:- ¿Pero qué hace?

ANSELMO:- No quiero usarlos más.

KAPUSTA:- Póngase esos zapatos.

ANSELMO:- (Se los da.) Esto es suyo.

KAPUSTA:- Como quiera. (Los pone arriba de la mesa. Limpia uno con una servilleta de tela.) Arruinados.

ANSELMO:- Guárdelos.

CAMARERA:- (Entra. Agarra el zapato.) ¿Para qué limpio? (Callan.) ¿Ninguno me va a contestar? (Mira la mesa.) ¿Pero qué es esto? Barro arriba de la mesa. Yo pensé que ustedes...

KAPUSTA:- El fue.

CAMARERA:- Usted lo tenía en la mano. No tendría que haberlos dejado quedarse. Ni siquiera tenía que haberlos dejado entrar. Bastante tengo con el polvo. (Da un golpe de látigo con el trapo rejilla arriba de la mesa.) ¿Por qué me hacen esto?

KAPUSTA:- Yo le puedo...

CAMARERA:- Sí, quiero que me expliquen. (Vuelve a dar el latigazo.) ¿Qué estaban haciendo con esto?

KAPUSTA:- Es un regalo que le hice.

CAMARERA:- Un regalo. (A Anselmo.) ¿El le hace regalos?

KAPUSTA:- Sí. Me gusta hacer regalos.

CAMARERA:- (A Anselmo.) Le hizo un regalo caro.

ANSELMO:- Sí, son caros.

KAPUSTA:- ¿A usted qué regalos le gustan?

CAMARERA:- Depende de quién me los haga.

KAPUSTA:- No le creo.

CAMARERA:- ¿Por qué no?

KAPUSTA:- A usted le deben gustar los anillos.

CAMARERA:- ¿Cómo sabe?

KAPUSTA:- ¿Me equivoco?

CAMARERA:- Me gustan.

KAPUSTA:- (A Anselmo.) ¿Vio?

CAMARERA:- (A Anselmo.) ¿Qué es lo que tiene que ver?

ANSELMO:- No sé de qué está hablando. (Le saca el zapato de la mano.)

KAPUSTA:- Estuvimos hablando de sus manos.

CAMARERA:- ¿Qué dijeron?

KAPUSTA:- Que se merecían un buen regalo.

CAMARERA:- (A Anselmo que se está poniendo el zapato.) ¿Lo puedo ver?

KAPUSTA:- Déselo. Un momento nomás.

CAMARERA:- (Observando el zapato.) ¿Qué hizo con esto?

ANSELMO:- Los tuve que limpiar.

KAPUSTA:- Los limpió con agua de mar.

CAMARERA:- ¿Con agua salada?

KAPUSTA:- No lo va a volver a hacer.

CAMARERA:- (A Anselmo.) Usted parece tan...

KAPUSTA:-¿Tan qué?

CAMARERA:- Tan desvalido.

KAPUSTA:- No crea. Es un gran archivero. Son cosas de gente joven, inexperta.

CAMARERA:- (Le devuelve el zapato.) Está cansado.

ANSELMO:- Sí.

CAMARERA:- Se le nota. (A Anselmo.) A ver, deme eso. Así no va a poder comer nada. (Va a agarrar la caja. En un movimiento de látigo, Anselmo le agarra la mano antes de que la toque. Suenan como una cachetada.)

CAMARERA:- ¿Qué pasa?

KAPUSTA:- Cuidado.

ANSELMO:- Estoy bien así. Gracias.

CAMARERA:- Se le iba a llenar de azúcar y de migas.

KAPUSTA:- Permítame la mano.

CAMARERA:- (Le da la mano.) Después vienen las hormigas, y...

ANSELMO:- ¿Acá hay hormigas?

CAMARERA:- En todos lados hay hormigas.

ANSELMO:- ¿Me presta su trapo?

CAMARERA:- Pero si todavía no comió.

KAPUSTA:- (Se ríe.) Ese cuidado extremo... No está mal. (Sin soltarle la mano.)
¿Usted cocina?

CAMARERA:- ¿Qué se van a servir?

ANSELMO:- Necesito tomar agua.

CAMARERA:- Ya le dije que agua no le puedo dar.

KAPUSTA:- No me contestó

CAMARERA:- No, yo no cocino.

KAPUSTA:- ¿Y qué hace? (La camarera intenta sacar la mano. Kapusta se la retiene.) No se vaya todavía.

CAMARERA:- Tomo pedidos, los traigo.

KAPUSTA:- ¿No anota?

CAMARERA:- No necesito.

KAPUSTA:- Eso habla bien de usted.

ANSELMO:- Tengo mucha sed.

CAMARERA:- El agua no es para los pasajeros. Por favor, no insista con eso.

ANSELMO:- Entonces no me ofrezca nada, váyase.

CAMARERA:- Las reglas no las pongo yo. ¿Por qué es así conmigo? (A Kapusta.) Suélteme. Ya les dije que es muy temprano, y que ustedes no deberían estar acá. Déjeme ir.

KAPUSTA:- No me olvido de lo del anillo.

CAMARERA:- Haga lo que quiera.

KAPUSTA:-Llévesela. (Le suelta la mano. Sale la camarera. Le da los zapatos a Anselmo.) Póngaselos.

ANSELMO:- ¿Qué es lo que quiere ?

KAPUSTA:- ¿Tiene otro par?

ANSELMO:- No.

KAPUSTA:- (Los pone en el suelo.) Entonces, póngaselos. Así nunca va a aprender. Con esos caprichos.

ANSELMO:- (Se pone los zapatos.) ¿Qué le pasa?

KAPUSTA:- ¿Y a usted qué le pasa? Está transpirando.

ANSELMO:- Tengo calor.

KAPUSTA:- ¿Nada más que eso?

ANSELMO:- ¿Qué quiere decir?

KAPUSTA:- Séquese.

ANSELMO:- El pañuelo está sucio.

KAPUSTA:- (Le da la servilleta.) Use esto. (Anselmo se seca la cara.) ¿Sabe qué le pasa?

ANSELMO:- ¿Qué?

KAPUSTA:- La sensación de estar cerca de la presa. ¿Cómo está su corazón?

ANSELMO:- ¿Qué?

KAPUSTA:- Escúchelo. (Anselmo escucha.) ¿Qué le dice?

ANSELMO:- No quiero que se me vuelva a acercar.

KAPUSTA:- ¿De qué me está hablando? ¿Quién es usted para decir cuando sí y cuando no? A esta altura uno ya no decide nada.

ANSELMO:- Es una camarera.

KAPUSTA:- En todos los cotos no se encuentran ciervos y jabalíes. Hay que reconocer la oportunidad, el momento justo. Así es cazar, Anselmo; se alterna la brama de los ciervos en marzo, con el acecho del jabalí con luna llena en junio. Usted tiene mucho que aprender.

ANSELMO:- No me interesa aprender más. Ya me habló de esto en su escritorio.

KAPUSTA:- Pero este es el momento. Necesito su valor. La bola ya está girando. ¿No se dio cuenta?

ANSELMO:- ¿De qué?

KAPUSTA:- De como lo mira. Usted tiene algo que las atrae. Es la segunda vez. Suele pasar, a lo mejor hasta es su transpiración. Largamos olores sin saberlo. Así se sigue un rastro, por los olores. (Huele la servilleta.) Quien sabe. (Anselmo se levanta, agarra la caja.) ¿Qué hace?

ANSELMO:- Otra vez no.

KAPUSTA:- Déjela arriba de la mesa.

ANSELMO:- Escúcheme.

KAPUSTA:- Lo que está adentro no es suyo.

ANSELMO:- Ya lo sé.

KAPUSTA:- ¿Entonces?

ANSELMO:- Yo se lo voy a dar...

KAPUSTA:- Todo es mío. Usted no tiene nada que darme. Lo que tiene ahí dentro, lo que tiró al fondo del mar, el resto del cuerpo...

ANSELMO:- Déjeme hablar.

KAPUSTA:- Suéltelo. No pienso escucharle ninguna condición.

(Entra la camarera.)

KAPUSTA:- Siéntese. (Anselmo se sienta.)

CAMARERA:- (Se acerca despacio. Trae algo oculto debajo de un repasador. A Anselmo.) Usted es un hombre terrible.

KAPUSTA:- ¿Por qué?

CAMARERA:- Tuve que mentir por usted. (Saca el repasador y descubre un gran vaso de agua tapado con un plato.)

ANSELMO:- Agua.

CAMARERA:- Sí.

ANSELMO:- Démela.

CAMARERA:- ¿Usted mentiría por mí?

KAPUSTA:- El es incapaz de mentir.

CAMARERA:- No se meta. (A Anselmo.) ¿Es verdad eso? (Anselmo no contesta.) Yo acabo de hacerlo. Dije que era para mí. ¿Mentiría por mí?

KAPUSTA:- Sea caballero.

ANSELMO:- Probablemente sí, no sé. Deme el agua.

CAMARERA:- ¿Sabe para qué es este plato?

ANSELMO:- No.

CAMARERA:- Para que no se le llene de polvo. Sino en un rato va a estar tomando un vaso caliente de barro. (Se lo ofrece.) Tome.

ANSELMO:- Apóyelo arriba de la mesa.

CAMARERA:- (Lo apoya. Saca el plato.) Ahí está.

(Anselmo agarra el vaso, toma de un trago, sin parar.)

KAPUSTA:- Usted también sabe hacer regalos. (Anselmo se atraganta, tose.) Despacio.

CAMARERA:- ¿Cómo está?

ANSELMO:- Tibia. Gracias.

CAMARERA:- No tiene por qué.

KAPUSTA:- (A Anselmo.) Tápelolo.

CAMARERA:- Está bien. (Lo tapa.) Debería descansar. (La apoya la mano sobre el hombro.)

ANSELMO:- Estoy bien.

CAMARERA:- Deme el saco.

ANSELMO:- ¿Qué quiere?

CAMARERA:- Se lo voy a cepillar.

ANSELMO:- No hace falta.

CAMARERA:- No sea así conmigo.

ANSELMO:- (Se levanta violentamente, se saca el saco y se lo da.) Lléveselo.

CAMARERA:- (Se acerca.) Está todo transpirado.

ANSELMO:- Hace calor.

KAPUSTA:- Transpira mucho.

CAMARERA:- ¿Quiere una toalla?

ANSELMO:- No, gracias.

KAPUSTA:- Mi saco también necesita una...

CAMARERA:- No puedo todo. Enseguida vuelvo. Cualquier cosa que necesita me llama.

(Sale.)

KAPUSTA:- ¿Y qué me dice ahora?

ANSELMO:- Nada.

KAPUSTA:- Así me gusta; que le brillen los ojos. Este es el momento crucial. Tiene que controlar la ansiedad; el pulso. Haga la pausa respiratoria. Inspire corto, y guarde el aire. Se para la taquicardia.

(Anselmo se levanta con la valija. Camina.)

KAPUSTA:- ¿Adónde va?

ANSELMO:- Me voy. (Avanza tropezándose con las mesas. Tira una silla.)

KAPUSTA:- ¿Qué hace?

ANSELMO:- No me voy a quedar acá.

KAPUSTA:- ¿Y adónde va con la caja? Eso no es suyo. Suéltelo. Vamos, suéltelo.

ANSELMO:- Me voy a bajar del tren.

KAPUSTA:- ¿Bajarse? Se puede tirar en la mitad del desierto, caminar hasta que se seque, y después esperar a que vengan los pájaros.

ANSELMO:- Me bajo en la próxima parada.

KAPUSTA:- No hay próxima parada.

ANSELMO:- ¿Qué?

KAPUSTA:- No hay ninguna parada hasta llegar. Levante la silla, siéntese, y tómese el agua que le queda. (Anselmo levanta la silla y se sienta.) Apoye la caja en la mesa. (Anselmo lo hace.) Voy a tener que tener paciencia con usted. ¿Qué pensaba hacer con la caja?

ANSELMO:- Nada. Nada es mío. (Toma el agua. Apoya el vaso sobre la mesa con un golpe y lo rompe.)

KAPUSTA:- Cuidado.

ANSELMO:- Mi mano. (Se la mira.) Estoy sangrando.

ESCENA 5

La partida.

Dos días antes del regreso. Camarote del tren. Anochece. Transponiendo los límites de la ciudad. Kapusta entra, se sienta. Anselmo está vestido con la

misma ropa que en el regreso, pero en buenas condiciones. Limpia, planchada. Kapusta está vestido con un traje azul oscuro, medias escocesas azules, rojas y blancas.

KAPUSTA:- (Mira por la ventanilla.) Esta hora es especial. Un semáforo rojo sobre el cielo azul intenso. Mire. Las barreras. La única forma de ver estas cosas es desde acá. La ciudad de este lado de la barrera parece otra. Todos parados, impacientes, para dejarnos el paso a nosotros. Cansados. Para ellos ya se terminó todo; y mañana otra vez la misma barrera a la ida y a la vuelta. ¿Se detuvo a ver al atardecer en la ciudad?

ANSELMO:- No.

KAPUSTA:- Me molesta no poder verlo cuando desaparece. El último rayo. Mire esos colores.

ANSELMO:- (Mira.) Violeta.

KAPUSTA:- No solamente.

ANSELMO:- Ese hombre. Parecía un perro.

KAPUSTA:- Un guarda es un guarda. Las últimas luces. Después entrar en lo oscuro. Es la parte que más me divierte.

ANSELMO:- Me agarró de la manga.

KAPUSTA:- Camarote tres, quedamos.

ANSELMO:- Usted me dijo el camarote de ...

KAPUSTA:- El número tres. Me contó todo.

ANSELMO:- ¿A usted?

KAPUSTA:- Nos conocemos. No es malo. Es el uniforme. Se reía. El tren va lleno, eso fue. No quedó un pasaje.

ANSELMO:- Ya había empezado a andar, y usted...

KAPUSTA:- Llegué justo. Justo a tiempo. ¿Está cómodo?

ANSELMO:- Estoy bien.

KAPUSTA:- No lo va a volver a molestar. Usted también...

ANSELMO:- No hice nada.

KAPUSTA:- Ahí está. Se puso pálido, empezó a transpirar. ¿Nunca viajó sin pasaje?

ANSELMO:- No. No me gusta salir de la ciudad..

KAPUSTA:- ¿Y un día de campo? Uno vuelve siempre renovado. Es otro aire. Caminar. A campo abierto. Uno puede ver toda la órbita del sol. Aguzar la vista, ejercitar la musculatura. Y el olfato. Ahí a uno se le despierta. Debería aprender a ubicarse por el olfato.

ANSELMO:- No me gusta el sol.

KAPUSTA:- ¿Le pasa algo?

ANSELMO:- Después me calmo. Pero cuando estoy saliendo de la ciudad me mareo.

KAPUSTA:- Cualquier cosa que necesita se la pide al guarda. El va a estar atento. Descanse.

ANSELMO:- No duermo en los trenes. No puedo.

KAPUSTA:- ¿Quiere que el guarda lo haga dormir? (Se ríe.)

ANSELMO:- No tiene gracia.

KAPUSTA:- Sí tiene. Inténtelo. Prefiero que llegue descansado. Va a ser lo mejor. ¿Quiere que lo haga entrar?

ANSELMO:- Ya lo conocí.

KAPUSTA:- Ahora está mansito. Sabe su nombre y todo. Esta gente está para servirnos a nosotros. Pero usted empieza a transpirar. Entonces se ceban. ¿Usted se pone a charlar con los vigilantes?

ANSELMO:- Nunca se me ocurrió.

KAPUSTA:- ¿Los saluda?

ANSELMO:- No.

KAPUSTA:- ¿Hoy hay luna llena?

ANSELMO:- Casi llena.

KAPUSTA:- A la misma hora que se pone el sol, sale la luna llena.

ANSELMO:- Sí, ya sé.

KAPUSTA:- Lo envidio. La luna llena sobre el mar.

ANSELMO:- ¿Vamos al mar? (Se levanta.)

KAPUSTA:- ¿Qué le parece?

ANSELMO:- Se lo expliqué, prefiero no salir de la ciudad.

KAPUSTA:- ¿Por qué no se sienta?

ANSELMO:- Hay que atravesar todo...

KAPUSTA:- El desierto.

ANSELMO:- Es demasiado lejos.

KAPUSTA:- ¿Demasiado lejos para qué?

ANSELMO:- No me lo había dicho.

KAPUSTA:- Siéntese. Está transpirando.

ANSELMO:- Hace mucho calor.

KAPUSTA:- ¿Por qué no se la seca?

ANSELMO:- Tengo un solo pañuelo encima.

KAPUSTA:- ¿Está resfriado?

ANSELMO:- No quiero ensuciar los otros.

KAPUSTA:- Le tienen que durar para todo el viaje. ¿Están recién planchados?

ANSELMO:- Sí.

KAPUSTA:- ¿Por qué no se sienta? ¿Quiere algo? Lo puedo llamar al guarda.

ANSELMO:- (Se sienta.) No hace falta. En su escritorio usted me habló de un viaje corto.

KAPUSTA:- Hablé de un viaje. ¿Quiere tomar algo fresco?

ANSELMO:- No, gracias.

KAPUSTA:- No es molestia. ¿Qué opina de la piel?

ANSELMO:- ¿Qué piel?

KAPUSTA:- La alfombra.

ANSELMO:- ¿La alfombra?

KAPUSTA:- De mi escritorio.

ANSELMO:- No, no me fijé.

KAPUSTA:- ¿No la tocó? Tiene que ver lo que es ese pelo.

ANSELMO:- Miraba la pared de las cabezas.

KAPUSTA:- Los trofeos.

ANSELMO:- Sí.

KAPUSTA:- Se la pasan mirando mis trofeos. Tengo que salir y dejarlos solos un rato. Siempre. Sino después desvían los ojos hacia la pared todo el tiempo. Por eso no entra casi nadie. ¿Las fotos las miró?

ANSELMO:- Había varias.

KAPUSTA:- Un tríptico, al lado del espejo redondo.

ANSELMO:- Sí, la ví.

KAPUSTA:- ¿Qué le pareció?

ANSELMO:- ¿Cómo?

KAPUSTA:- ¿Qué le pareció?

ANSELMO:- Me pareció bien.

KAPUSTA:- ¿Qué más?

ANSELMO:- Es muy llamativa.

KAPUSTA:- Buena figura. Y una mirada feroz. ¿La reconocería?

ANSELMO:- No sé, yo miraba todas esas cabezas rugiendo...

KAPUSTA:- Trofeos. Acostúmbrese a decirles trofeos.

ANSELMO:- Trofeos.

KAPUSTA:- Tengo ahí los mejores. ¿Qué le parecieron?

ANSELMO:- Me miraban.

KAPUSTA:- Yo los pedí así, la boca abierta, rugiendo. Como la última vez que nos vimos. El arte de la taxidermia. Son ojos de cristal.

ANSELMO:- No parecen.

KAPUSTA:- Ella me habló de usted.

ANSELMO:- ¿Cuándo me vio?

KAPUSTA:- Varias veces. Me hacía preguntas. Incluso cosas sobre usted que yo desconocía. Le respondía lo que se me ocurría, siempre para dejarlo bien parado, claro. Usted le parecía serio. A mí también. Y leal; el más leal, sin duda.

ANSELMO:- Gracias.

KAPUSTA:- Lo estuve controlando.

ANSELMO:- ¿Cuándo?

KAPUSTA:- Después de hora.

ANSELMO:- No sabía.

KAPUSTA:- Bajé a su archivo, y me sorprendí.

ANSELMO:- No es mío.

KAPUSTA:- Hacía mucho tiempo que no entraba. Los cajones negros hasta el techo. El olor húmedo a papeles viejos. El silencio. Es inquietante.

ANSELMO:- Sí.

KAPUSTA:- Abrí algunos de esos cajones. Son pesados. Me subí a la escalera. Revisé los de más arriba. Los abría, y de cada uno salía una nube de polvo espesa. ¿No lo hace estornudar?

ANSELMO:- Sí. Estornudo todo el día.

KAPUSTA:- Entonces, me maravillé. Ese archivo, cajón por cajón, y en cada cajón una infinidad de carpetas, y en cada carpeta el orden exacto de los documentos. Un universo. Usted llegó a hacer el trabajo de tres. ¿Se dio cuenta?

ANSELMO:- Había más documentos.

KAPUSTA:- El triple.

KAPUSTA:- Y pensé, ¿qué es mejor que él aparezca en una cartelera, o hacerle una invitación? Entonces, decidí llamarlo a mi escritorio. Tome esto. (Le da una tarjeta.)

ANSELMO:- (Lee.) ¿Qué es?

KAPUSTA:- ¿Qué es?

ANSELMO:- Un hotel.

KAPUSTA:- El mejor. ¿Le gustan las alfombras?

ANSELMO:- Sí.

KAPUSTA:- Tiene alfombras labradas, cuando las pisa siente como el pie se va hundiendo. Dos escaleras inmensas, de mármol rosado; y un gran fresco en el techo. ¿Sabe qué es?

ANSELMO:- ¿Qué es?

KAPUSTA:- El cielo. ¿Qué le parece?

ANSELMO:- (Le devuelve la tarjeta.) Muy bien.

KAPUSTA:- Téngala. Es para usted. Ella me pidió que sea usted el que la acompañe. Dos días en el mar. Yo pensé, ¿por qué no? La va a ir a buscar a este hotel. A ella le gusta eso; las canillas de porcelana, los espejos oscuros. (Anselmo abre la valija.) ¿Qué está buscando?

ANSELMO:- (Saca un pañuelo.) Esto. (Se seca la transpiración.)

KAPUSTA:- Así está mejor. No hay como empezar un pañuelo planchado. Usted transpira de esa manera.

ANSELMO:- Hace mucho calor. Usted no me había dicho nada de un hotel, ni de...

KAPUSTA:- Ya está todo reservado. Ahí va a estar la ropa.

ANSELMO:- Ropa de caza.

KAPUSTA:- Un smoking.

ANSELMO:- ¿Un smoking?

KAPUSTA:- Se lo van a entregar a la noche. No hace falta ni que lo pida. ¿Le gusta el mar?

ANSELMO:- Mirarlo.

KAPUSTA:- ¿Nada más? Nosotros hacíamos pruebas abajo del agua. Ella lo primero que hacía era meterse. Entraba siempre a la playa corriendo, como una nena, se iba sacando la ropa, y yo venía atrás levantando cada prenda. Y se zambullía en el mar, sin haberse detenido un instante. Desaparecía, y de pronto se veía su cabeza, lejos, cerca. Saltaba las olas. Y me insistía hasta que yo también entraba. Nunca me metía más de la cintura. Competíamos a ver quién aguantaba más abajo del agua. Parecía un monstruo marino. Ella abría las piernas, y yo pasaba por abajo. En un momento ella cerró las piernas de golpe y me apretó la cabeza con las rodillas. Me quedé esperando que las abriera. Entonces la agarré de las pantorrillas, pero ella tenía más fuerza en las piernas que yo en los brazos. Sentía los pulmones. Tragué agua salada. Ella no me soltaba. Entonces siento su mano que me acaricia la cabeza. La mordí con todas mis fuerzas. Salí. Ella no podía parar de reírse. Tengo algo imprescindible.

ANSELMO:- ¿Para mí?

KAPUSTA:- (Saca una caja. La abre.) Mire esto. Zapatos de dos colores. Cuero labrado. Blanco y marrón, la combinación perfecta.

ANSELMO:- Estos que tengo...

KAPUSTA:- No le sirven. Agárrelos.

ANSELMO:- ¿Me los pruebo? (Intenta calzárzelos.)

KAPUSTA:- Con mucha suavidad.

ANSELMO:- No me entran.

KAPUSTA:- Con el calzador.

ANSELMO:- Son chicos.

KAPUSTA:- (Saca un calzador metálico de adentro del saco.) ¿Lo conoce? (Le mete el calzador dentro del zapato y de un golpe se lo calza.) ¿Le raspó?

ANSELMO:- Démelo.

KAPUSTA:- (Se lo da.) Manéjelo con cuidado.

ANSELMO:- (Se calza el otro zapato. Se para.) Resbalan.

KAPUSTA:- Áteselos. Zapatos para bailar. Deslizarse liviano por la pista. Para pisar una alfombra. Déme los suyos. (Anselmo se los da. Kapusta los pone en la caja y los guarda.) ¿Usted baila?

ANSELMO:- No.

KAPUSTA:- ¿Cuántos años tiene?

ANSELMO:- No me gusta bailar.

KAPUSTA:- Tiene que verla sacudirse. O abrazar. Va a sentir ese perfume tan fuerte que usa. Ella puede estar toda la noche bailando, transpirando; y después rodearlo con sus brazos fuertes, y esa mezcla de transpiración, perfume y alcohol.

ANSELMO:- ¿Fuma?

KAPUSTA:- Cigarritos negros. No son fuertes. ¿Usted es de los que se sientan, o salen a tomar aire?

ANSELMO:- No voy a lugares.

KAPUSTA:- Hay uno donde cantan también. Le va a pedir que la lleve a ese lugar. Música suave, con coros, le encanta. Cuanta más miel, mejor. A ella ya la conocían, por las sacudidas. Uno siempre era el tipo que iba con ella. La saludaban, y veía la sonrisa con que lo miraban a uno. Usaba un vestido estrecho con lentejuelas blancas. Unos tacos que no la dejaban caminar bien. Había una tarima. Ella agarraba el micrófono y silbaba canciones. Me pidió por el micrófono que la vaya a buscar. Fui hasta la tarima. Me hizo subir. La gente me aplaudía.

Ella saludaba a todas las mesas. Miraban la carne que se agolpaba dentro de su vestido blanco, brillante. Le va a pedir otra cosa.

ANSELMO:- ¿Qué más?

KAPUSTA:- Jugar fuerte. ¿No le gusta?

ANSELMO:- ¿Jugar?

KAPUSTA:- No le gusta ir sola. Hay un casino en el hotel. ¿Fue alguna vez?

ANSELMO:- Nunca aposté.

KAPUSTA:- Usted nunca entró a un casino. El sonido de las fichas. Cuanto más grandes son, mejor suenan; y a ella le gusta jugar de las más grandes. No le haga ningún comentario, usted juegue sus fichas.

ANSELMO:- ¿Con qué plata?

KAPUSTA:- No se preocupe por la plata. Hay que elegir. Jugar todo a un número. El aire se tensa. La bola gira. Hay un momento en que no hay que respirar; ese instante es como la noche apostado, esperando la presa. En ese momento, uno se da cuenta de que tiene corazón, y sangre.

ANSELMO:- Usted me había hablado de salir a cazar.

KAPUSTA:- Cazar. Es el mismo vértigo. El momento en que gira la bola, que la carta se va a dar vuelta, que el jabalí nos mira, y apretamos el cuchillo, y somos él, yo y el ladrido de los perros. El o yo. La bestia que nos mira y nos hipnotiza. No hay que mirarlo a los ojos, salvo que estemos bien seguros. Es un instante. El que hipnotiza al otro, gana. El otro es la presa. ¿Usted cuenta chistes?

ANSELMO:- ¿Cómo?

KAPUSTA:- Si sabe contar chistes.

ANSELMO:- No.

KAPUSTA:- En esos momentos, con el jabalí enfrente, mirándonos furioso, yo escuché los mejores chistes. A uno se le despierta la chispa. Nos inmoviliza, con su mirada y sus colmillos que nos abren en dos si nos alcanzan, con un solo movimiento de cabeza. Los perros en el medio. Uno comienza a sentir los olores. Es un sabueso más. ¿Y quién caza, uno o el perro?

ANSELMO:- No sé.

KAPUSTA:- Somos uno solo. Ellos saben cuando el otro está asustado, esa es la ventaja. Cuando uno se asusta larga algo, y ellos lo perciben. Como las pupilas, con el miedo son un pozo negro. ¿Lo sabía? Damos indicios, siempre. Y el que los lee, gana; se queda con todo. Pero hay que sacarlos buenos. Salir al campo, a entrenar la musculatura, aguzar la vista y el olfato. Adiestrarlos. Al perro se lo azuza, se lo premia, y se lo castiga si es necesario. Y hacerlos cazar. Caza y más caza. Hasta que la presienta, se le paren las orejas, y se le hinche el hocico, antes de que yo pueda verla. Tenemos que ser uno solo atrás de la presa.

ANSELMO:- ¿Ella es la presa?

KAPUSTA:- ¿La va a reconocer?

ANSELMO:- Sí.

KAPUSTA:- Que olor fuerte. Está todo mojado. Sáquese el saco.

ANSELMO:- Puede entrar alguien.

KAPUSTA:- No se preocupe. (Saca todos los boletos.) Los compré todos. (Le da uno.) Para que no tenga más problemas.

ANSELMO:- Gracias.

KAPUSTA:- Cierre las cortinas. (Anselmo lo hace.) Las de la ventanilla también. (Anselmo las cierra, y se sienta.) Así estamos mejor. Salir de caza es la manera más rápida de entablar una amistad. ¿Le pasa algo?

ANSELMO:- Tengo calor.

KAPUSTA:- ¿No quiere sacarse...

ANSELMO:- No es lo mismo archivar un documento que...

KAPUSTA:- ¿Qué qué?

ANSELMO:- Que un trofeo.

KAPUSTA:- También es un documento. Documenta el triunfo del cazador sobre la presa. Después se archiva en la pared; uno al lado del otro. La pared de los trofeos. Usted la miraba.

ANSELMO:- Sí.

KAPUSTA:- Se detenía en cada una. Yo lo miraba detrás del espejo redondo. Usted a solas con los trofeos. Los miraba a los ojos, uno por uno; las bocas abiertas. Yo estaba apoyado detrás del vidrio. Casi podía escuchar su corazón; como si latiera por primera vez. Le empezaron a brillar los ojos. Debería haberse visto, mirado al espejo en ese momento. Parecía otra persona. Me hubiera mirado a los ojos sin saberlo. ¿Adónde estaba el instinto? Me preguntaba, ¿qué imágenes, qué sucesión de imágenes sensuales estarán pasando por su cabeza? La respiración caliente de los animales. El sonido de los últimos gritos, desesperados. La sangre.

ANSELMO:- Eran esas.

KAPUSTA:- Cuando bajé al archivo me impresionó el silencio. Pensaba en usted, todas esas horas, solo.

ANSELMO:- Diez horas.

KAPUSTA:- Se debe soñar.

ANSELMO:- Hay un aparato para sacar ganchitos, que yo siempre lo ví como un arma, es filoso, y bien utilizado podría servir. Siendo rápido y preciso, uno podría llegar a abrirle a otro las venas de la muñeca. Era cuestión de estar con eso en la mano y esperar.

KAPUSTA:- Estar al acecho.

ANSELMO:- Se maneja con dos dedos y uno podría usar la mano que le quedaba libre para atrapar la del otro contra el escritorio.

KAPUSTA:- Deme su saco. (Anselmo se saca el saco y se lo da. Lo cuelga.) Así se seca. Tengo una cosa para usted.

ANSELMO:- ¿Qué?

KAPUSTA:- Un regalo. (Saca de adentro del saco un estuche negro, de joyería. Lo abre.) Mírelo bien.

ANSELMO:- ¿Qué es?

KAPUSTA:- Agárrelo. Un colmillo.

ANSELMO:- No, está bien. Parece un cuerno.

KAPUSTA:- No sabe cómo gritaba; como una loca.

ANSELMO:- ¿Era mujer?

KAPUSTA:- ¿Cómo?

ANSELMO:- Dijo loca.

KAPUSTA:- Una hembra, sí. (Agarra el colmillo y se lo da.) Vamos.

ANSELMO:- No me gustan estas cosas.

KAPUSTA:- Fíjese como pincha. Imagínese metiéndose en su carne con la fuerza de ese animal. ¿Vio los cuellos de los boxeadores?

ANSELMO:- ¿Los cuellos?

KAPUSTA:- ¿Cómo son?

ANSELMO:- Musculosos.

KAPUSTA:- Muy bien. Es observador.

ANSELMO:- Pero a mí el boxeo...

KAPUSTA:- Son cuellos demasiado grandes. Cuello de animal furioso, como el de mí jabalí. Lo abren en dos de un solo cabezazo. ¿Qué le pasa con el box?

ANSELMO:- Cuando empiezan a sangrar me mareo.

KAPUSTA:- ¿Y qué más?

ANSELMO:- Me levanto.

KAPUSTA:- No lo veo en una pelea.

ANSELMO:- Voy seguido. Me siento atrás. No aguanto más del quinto round.

KAPUSTA:- Hay que acostumbrarse, nada más. (Le pone el cuerno de jabalí en la mano. Le aprieta la mano.) Ya está.

ANSELMO:- ¿Qué hace?

KAPUSTA:- No grite. La gente pasa por los pasillos; el guarda también. ¿Qué pueden pensar de nosotros?

ANSELMO:- ¿De nosotros?

KAPUSTA:- No vuelva a gritar.

ANSELMO:- Suélteme.

KAPUSTA:- Esto es para usted. (Se miran.) Por los trofeos. (Lo suelta. Anselmo va a guardar el cuerno en su bolsillo.) ¿No quiere el estuche?

ANSELMO:- Démelo. (Lo guarda.)

ESCENA 6

El regreso 3.

Vagón comedor del tren. Anselmo tiene la mano sangrando, apoyada arriba de la mesa.

KAPUSTA:- ¿Está mareado?

ANSELMO:- Me sangra mucho.

KAPUSTA:- Se puso pálido. ¿Es mucho lo que...? ¿Es muy profundo?

ANSELMO:- No sé, no veo nada.

KAPUSTA:- No, no me muestre. Tápesela con esto. (Le ofrece una servilleta.)

ANSELMO:- ¿Le impresiona?

KAPUSTA:- Es un enchastre. Límpiese. (Anselmo se envuelve la mano.)

CAMARERA:- (Entra. Anselmo esconde la mano abajo de la mesa.) ¿Qué pasó? (Llega hasta la mesa. Se queda mirando los vidrios.) ¿Qué es esto? Lo rompió. Yo se lo traigo, y usted... ¿Qué digo ahora? Me van a preguntar qué hacía este vaso acá. ¿Qué quiere usted de mí? Diga algo.

ANSELMO:- No quise hacerlo.

CAMARERA:- Pero mire...

KAPUSTA:- Muéstrole la mano.

ANSELMO:- Le pido disculpas.

CAMARERA:- ¿Qué le pasó?

KAPUSTA:- Muéstresela.

ANSELMO:- No hace falta.

CAMARERA:- Déjemela ver. (Anselmo saca la mano. La apoya arriba de la mesa. La desenvuelve. Le muestra la herida.) Usó la servilleta para limpiarse la sangre.

ANSELMO:- Sí.

CAMARERA:- ¿Quiénes son ustedes dos?

KAPUSTA:- ¿Por qué pregunta?

CAMARERA:- No les enseñaron que la servilleta...

KAPUSTA:- No teníamos otra cosa.

CAMARERA:- Démela. (Se la saca.) Está empapada.

KAPUSTA:- La usó para secarse la transpiración.

CAMARERA:- También eso. (La huele.) Es increíble.

ANSELMO:- Le pido que me disculpe.

CAMARERA:- Voy a traerle algo.

ANSELMO:- No la quiero volver a molestar.

CAMARERA:- Está bien. Voy a limpiar otra vez. (Junta los vidrios.)

KAPUSTA:- La ayudo.

CAMARERA:- No los toque. (Recoge los pedazos en la servilleta.) Enseguida vengo. (A Anselmo.) No la mueva. (Sale.)

KAPUSTA:- (Se frota las manos. Acomoda la caja adelante de él.) Bueno.

ANSELMO:- ¿Qué va a hacer?

KAPUSTA:- La voy a abrir.

ANSELMO:- Espere. (Agarra la caja.)

KAPUSTA:- Saque la mano. No quiero que la manche.

ANSELMO:- Preferiría hacerlo yo.

KAPUSTA:- Le dijeron que no la mueva. Va a ser mejor que le haga caso. A ver. Esto es así. (Abre los ganchos de la caja que hacen un ruido seco. La abre. Observa en silencio el interior de la caja.) Cómo está esto. Nunca pensé que una persona prolija, como usted, guardaría la ropa así.

ANSELMO:- No tuve tiempo.

KAPUSTA:- Permiso. (Revuelve la ropa.) ¿Qué es esto?

ANSELMO:- Mis pañuelos.

KAPUSTA:- Cómo están. No se le ocurrió tirarlos al mar.

ANSELMO:- No tengo otros.

KAPUSTA:- Acá está. (Se pone unos anteojos. Saca el frasco.)

ANSELMO:- Tenga cuidado.

KAPUSTA:- Está mojado.

ANSELMO:- El frasco cierra mal.

KAPUSTA:- (Observa detenidamente.) Esas uñas color marfil. ¿Se comerá el esmalte el formol?

ANSELMO:- No sé.

KAPUSTA:- Está prolijo.

ANSELMO:- Está bien.

KAPUSTA:-Tendría que decirlo yo.

ANSELMO:- Yo sé que es así.

KAPUSTA:- No me equivoqué con usted. Está muy bien.

ANSELMO:- Tuve que encontrar el lugar justo para cortar, nada más.

KAPUSTA:- El anillo. No hay forma. Es una lástima.

ANSELMO:- Guárdelo.

KAPUSTA:- Igual queda bien. Lo felicito.

ANSELMO:- Va a entrar en cualquier momento.

KAPUSTA:- (Lee.) Pepinos agridulces. Me gustan mucho. (Se saca los anteojos. Los guarda.) Tengo algo para usted.

ANSELMO:- ¿Qué es?

KAPUSTA:- Una tontería. Se lo voy a dar después.

ANSELMO:- ¿Después de qué?

KAPUSTA:-Yo, en algún momento, voy a salir de acá.

ANSELMO:- ¿Adónde va a ir?

KAPUSTA:- A mi camarote. Sería bueno que estén solos, primero.

ANSELMO:- Escúcheme, yo...

KAPUSTA:- Escúcheme bien: usted después la va a traer al camarote.

ANSELMO:- ¿Al camarote?

KAPUSTA:- Hay lugar para los tres.

ANSELMO:- ¿Por qué va a venir?

KAPUSTA:- Va a hacer lo que usted le diga.

ANSELMO:- ¿Pero con qué excusa?

KAPUSTA:- El saco. Usted no se preocupe. (Guarda al frasco adentro de su bolsillo.) ¿Lo tiene encima?

ANSELMO:- ¿Qué?

KAPUSTA:- El cuerno.

ANSELMO:- Lo tengo. ¿Lo quiere?

KAPUSTA:- Téngalo usted. Muéstremelo.

ANSELMO:- El estuche lo perdí. (Va a sacar el cuerno de su bolsillo.)

CAMARERA:- (Entra. Trae una cajita, y el saco de Anselmo doblado, cepillado, impecable. Apoya la cajita sobre la mesa. Le da el saco a Kapusta.) Téngame esto. Ya se lo terminé. Vamos a ver.

KAPUSTA:- Quedó impecable. Le voy a pedir que me lo cepille a mí también.

CAMARERA:- Ahora no puedo.

KAPUSTA:- No me haga esperar tanto.

CAMARERA:- Usted es un impaciente.

KAPUSTA:- A veces sí.

CAMARERA:- (A Anselmo.) Muéstreme la mano. (Abre la caja. Saca una botella.)

ANSELMO:- ¿Qué es eso?

CAMARERA:- Alcohol.

ANSELMO:- ¿Alcohol?

CAMARERA:- No hay otra cosa. Apoye la mano sobre la mesa.

ANSELMO:- No, mejor no.

KAPUSTA:- No es para tanto.

CAMARERA:- Vamos, no se la voy a cortar.

ANSELMO:- Está bien. (Apoya la mano sobre la mesa.)

CAMARERA:- (Le echa un chorro de alcohol sobre la mano. Anselmo lanza un grito ahogado.) Ya se le va a pasar.

KAPUSTA:- La mesa.

CAMARERA:- (Seca el alcohol derramado.) Se evapora enseguida. (A Anselmo.) ¿Cómo está?

ANSELMO:- Bien.

CAMARERA:- Lo voy a tener que vendar. (Saca una venda de adentro de la caja.) Levante la mano.

KAPUSTA:- ¿Se quiere sentar?

CAMARERA:- Estoy bien así.

KAPUSTA:- Va a estar más cómoda. (Se levanta.) Y va a poder atenderlo mejor.

CAMARERA:- No sé si...

KAPUSTA:- Por favor. Vamos.

CAMARERA:- Bueno, está bien. (Se sienta.) A ver esa mano. (Empieza a vendarla.) ¿Le ajusta?

ANSELMO:- Está bien así.

KAPUSTA:- Parece una enfermera.

CAMARERA:- Gracias. ¿Le impresiona la sangre?

KAPUSTA:- Sí la puedo evitar, mejor.

CAMARERA:- A mí, no. Otra vez ese olor. ¿Cómo se llamaba?

KAPUSTA:- Formol.

CAMARERA:- Es usted.

KAPUSTA:- Sí.

CAMARERA:- ¿Qué es lo que lleva?

KAPUSTA:- Un trofeo.

CAMARERA:- ¿Lo puedo ver?

KAPUSTA:- Se va a impresionar. Es cosa de hombres.

CAMARERA:- (A Anselmo.) ¿Se siente mejor?

ANSELMO:- Sí, estoy mejor.

KAPUSTA:- Ya está bien. Ahora no tiene más excusa. (Se saca el saco.)

CAMARERA:- Está bien. Déjemelo.

KAPUSTA:- (Se lo da.) Ahora estamos parejos. Los dos en camisa. Los voy a dejar. Le voy a pedir que después me lo alcance.

CAMARERA:- No sé donde...

KAPUSTA:- A mi camarote. El la va a acompañar.

CAMARERA:- Entonces, sí.

KAPUSTA:- (Mira por la ventanilla.) Ya terminó de salir. Otra vez el sol. Que brille. No tarden mucho.

CAMARERA:- Un rato.

KAPUSTA:- Los espero. (Sale.)

CAMARERA:- (Termina de venderlo.) A ver. Mueva la mano. (Anselmo lo hace.) ¿Cómo la siente?

ANSELMO:- Bien.

CAMARERA:- Me llamo Eloísa. Es un nombre raro, ¿no? Eloísa.

ANSELMO:- Sí.

CAMARERA:- A mí me gusta. En un momento me decían Loli, pero a mí no me gustaba. Prefería Eloísa. Acá nadie me llama por el nombre, claro. Suena musical, ¿no?

ANSELMO:- Estoy muy cansado.

CAMARERA:- Ya va a descansar. (Saca un alfiler de gancho.) Falta esto. Así no se le mueve. ¿Cómo se llama?

ANSELMO:- ¿Qué?

CAMARERA:- ¿Cuál es su nombre?

ANSELMO:- Anselmo. Me llamo Anselmo.

CAMARERA:- Anselmo. También es lindo. (Se levanta.) A ver, Anselmo.

ANSELMO:- ¿Qué?

CAMARERA:- (Se para atrás de él.) Apóyese en mí. (Anselmo apoya su cabeza en la camarera.) Así. (Ella saca un pañuelo.) No conozco a nadie con ese nombre. (Le seca la transpiración. Le acaricia la cabeza.) Descanse un momento.

ESCENA 7

Anselmo en la penumbra. El infierno. 3

ANSELMO:- Ella se había levantado el vestido blanco por encima de la cintura. Me miraba fijo, a los ojos, a través del espejo sobre la cama. De rodillas. Carnosa. Húmeda. Dijo algo sobre el mar. Le apoyé un dedo sobre los labios. Abrió la boca. Le tocaba la lengua. Le gustaba. Entonces saqué el dedo, y le apoyé toda la mano sobre la boca. Empecé a presionar, de a poco. Estaba tranquila. Hasta que le apreté con fuerza. Ella se dejaba hacer. Apreté la mano sobre el cuerno. Empecé a transpirar. En un segundo estaba completamente mojado. Se me pegaba la camisa al cuerpo. Sentía su respiración agitada, caliente, sobre mi mano. El mundo había desaparecido. El mundo era esa habitación, esa cama. Tomé aire, y clavé. Se contrajo como un animal. Levanté la mirada para no verle los ojos. Enseguida sentí sangre sobre mi mano. Empezó a forcejear, cabeceaba, pero yo no la dejaba moverse. Saqué el cuerno, y la volví a clavar, más fuerte. Martillaba. Sentía el avance irresistible de mi brazo ¿De dónde sacaba yo tanta fuerza? No era el mismo. Fui directo al cuello. Casi ni sentí como entró. De ahí salió un chorro fuerte. Imparable. Entonces la ví, indefensa. Eso me entusiasmó más. Salió un sonido de mi boca. Como un lobo. Veía las lentejuelas que volaban. Y la sangre. ¿Cómo podía ser que tuviera tanta? Teñía la sábana, el colchón; y mis zapatos. Me manchaba los zapatos. Hasta que empecé a cansarme. No veía nada. Había desaparecido la habitación. Yo estaba en un pozo. En el fondo del pozo. Sin sonidos de afuera. Nada. Solamente mi respiración.

Pedro Sedlinsky. Correo electrónico: psedlinsky@ciudad.com.ar

Todos los derechos reservados.
Buenos Aires. 2012

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar